

# Mensajero del Archivo Histórico

*Juan Agustín de Espinoza, SJ*

de la



Vicerrectoría Académica  
Torreón, México. 30-IV-2003

Buzón electrónico: [sergio.corona@lag.uia.mx](mailto:sergio.corona@lag.uia.mx)

Página web del Archivo: <http://www.lag.uia.mx/archivo/>

**Mensajero. UNESCO: Internet resources, publications, periodicals**

[http://www.unesco.org/webworld/portal\\_archives/pages/Internet\\_Resources/Publications/Periodicals/more2.shtml](http://www.unesco.org/webworld/portal_archives/pages/Internet_Resources/Publications/Periodicals/more2.shtml)

Ediciones anteriores del **Mensajero**:

<http://www.lag.uia.mx/publicaciones/mensajero/catalogo-mensajero.htm>

Mtro. Quintín Balderrama López S.J. Rector  
Mtro. Carlos Portal Salas. Vicerrector Académico  
Dr. Sergio Antonio Corona Páez. Coordinador del Archivo Histórico

número **56**

## ÍNDICE

página

<b>Noticias del Archivo Histórico</b>	<b>2</b>
<b>Los niveles semánticos de la pasión de Jesús en la Nueva España</b>	<b>3</b>
<b>El Mostrador. El silencio elocuente: <i>Pedro Páramo</i> desde Miguel Báez Durán</b>	<b>6</b>
<b>Libros del Archivo Histórico</b>	<b>10</b>

Fundador y editor de la revista virtual: Dr. Sergio Antonio Corona Páez Alemania \* Argentina \* Brasil  
Canadá \* Colombia \* Chile \* España \* El Salvador \* Estados Unidos de Norteamérica \* Francia  
Guatemala \* México \* Noruega \* Reino Unido \* Suecia \* Uruguay \* Venezuela

Comité editorial del "Mensajero": Sra. Cristina Solórzano Garibay. Lic. Marco Antonio Morán Ramos.  
Mtro. Jaime Eduardo Muñoz Vargas. Dr. Sergio Antonio Corona Páez.

## **Noticias del Archivo Histórico**

### **Nuevo Rector en la UIA-Torreón**

El 4 de abril próximo pasado tomó formal posesión de la Rectoría de la Universidad Iberoamericana Torreón el Mtro. Quintín Balderrama López, sj, quien recibió la estafeta del Ing. Juan Ricardo Herrera Valenciano, Rector saliente. A ambos les deseamos el mayor de los éxitos en sus nuevas responsabilidades.

### **Tercer aniversario del *Mensajero***

Este 30 de marzo el *Mensajero* del Archivo Histórico cumplió su tercer aniversario de existencia. Desde el 30 de marzo de 2002 han salido puntualmente 55 ediciones. Iniciamos nuestro cuarto año de boletines virtuales con este número 56. Agradecemos a nuestros antiguos y nuevos lectores la enorme paciencia que han mostrado al recibir con agrado estas ediciones realizadas quizá con más buena voluntad que con cualquier otra cosa.

### **Página web de tranvías de Torreón, Gómez y Lerdo**

El coronel Allen Morrison, de Nueva York, ha puesto en Internet una interesante página web en inglés que ofrece información y fotografías de los tranvías eléctricos que dieron servicio en las ciudades de Torreón (Coahuila), Gómez Palacio y Lerdo (Durango) en los siglos XIX y XX. La dirección electrónica de este sitio es:

<http://www.tramz.com/mx/lt/lt.html>

Este sitio se encuentra ubicado dentro de otro mayor que trata de los tranvías de las principales ciudades de la República Mexicana. Su dirección virtual es la siguiente:

[www.tramz.com/mx/tto.html](http://www.tramz.com/mx/tto.html)

El coronel Morrison hace una excelente reseña del pasado y presente del transporte eléctrico de diversos países de Latinoamérica en:

<http://www.tramz.com/>

Sin duda alguna, la historia del transporte eléctrico en la vida cotidiana y la historia de las innovaciones tecnológicas que lo hicieron posible, son planteamientos de interés para muchos científicos sociales en Latinoamérica.

## **Los niveles semánticos de la pasión de Jesús en la Nueva España**

**Sergio Antonio Corona Páez**

Cada vez que tengo oportunidad de ir a Saltillo, me doy tiempo para admirar su prodigiosa catedral, para recorrer sus pasillos y retablos y, desde luego, para honrar en silencio la memoria de tantos abuelos cercanos y lejanos sepultados bajo las centenarias baldosas. Como siempre, la visita incluye un rápido vistazo a La Capilla y a su famosísimo cristo del siglo XVII, legado de don Santos Rojo.

Invariablemente me vienen a la mente un sinnúmero de imágenes coloniales de rica policromía. Durante el reinado de la casa de Austria, o lo que es lo mismo, durante el apogeo del Renacimiento y buena parte del Barroco europeo, España llevó la elaboración de la imagería religiosa popular a sus máximos niveles de realismo. Las esculturas sacras debían estar pintadas con vivos colores muy “al natural”, y se desarrollaron muchas técnicas ornamentales sobre diversos materiales, sobre todo madera, y en la Nueva España y Guatemala, sobre pasta de caña de maíz.

Desde luego, y dada la particular lectura teológica del catolicismo peninsular trasplantado a la Nueva España, abundaban las representaciones de la Virgen María, de los apóstoles y, por supuesto, de Jesús. Aunque quisiera hablar de las imágenes del apóstol Santiago, tan numerosas como importantes para la mentalidad novohispana, lo dejaré para otra ocasión y me limitaré a considerar aquellas que representan a un Jesús flagelado, coronado de espinas, vituperado o crucificado, pero todavía vivo.

Si nos relacionamos con estas imágenes como perceptores del siglo XXI, las podremos mirar de dos maneras diferentes: como objetos de culto cotidiano de los creyentes, o bien como antigüedades valiosas, como objetos de arte que requieren de una espacialidad propia para su contemplación, ya sea en el ámbito sacro de las iglesias o bien en las áreas consagradas por la museografía. Si tratáramos de aprender algo de ellas, sería en calidad de estudiantes de las corrientes artísticas a las que pertenecieron, o bien con los ojos técnicos de los escultores, doradores, restauradores o anticuarios.

¿Cómo se relacionaban con las imágenes sacras nuestros abuelos de la era colonial? Podríamos responder que los novohispanos las consideraban retratos de aquellos seres a

quienes representaban. A veces, en la mentalidad popular la diferencia entre representación y persona no era muy clara, y había quienes pensaban que la escultura y el santo eran la misma cosa.

En la segunda mitad del siglo XVI, el Concilio de Trento le asignó gran importancia a la demostración de las realidades espirituales y salvíficas del catolicismo por medio de la pintura, la escultura y la ornamentación de las iglesias. Estos eran medios para que el pueblo —que por lo general no sabía leer ni escribir— entendiese de manera muy gráfica las realidades espirituales tal y como eran entendidas y atesoradas por la Santa Madre Iglesia.

En este contexto, las imágenes de Jesús se convirtieron en verdaderos textos de enseñanza pía. Jesús era el maestro por antonomasia del proverbial estoicismo del pueblo novohispano, posteriormente mexicano. La lectura popular mostraba a Jesús como el Hijo de Dios que había llegado al extremo de “dejarse matar” para demostrar su amor. Al hacerlo, enseñó a su pueblo a sufrir con paciencia todos los reveses de la vida. Nuestros abuelos no veían en la escultura en cuestión una obra de arte; veían a Jesús sereno o adolorido, pero siempre sometido a la voluntad de Dios aun durante los trances más terribles: la flagelación, la coronación de espinas, el vituperio, la crucifixión. Y vaya que existen representaciones barrocas verdaderamente horribles, que muestran a un Jesús medio desollado a latigazos y con los huesos descubiertos, totalmente ensangrentado. Desde luego, Jesús se convirtió de esta manera en el modelo perfecto de lo que debía de ser un creyente de la Nueva España. El estoicismo ante el sufrimiento pasó a ser considerado una gran virtud católica y una manera de honrar a Dios.

Con su contexto cultural hebreo, el Nuevo Testamento muestra a Jesús como la víctima que se ofreció a morir en lugar de todos y de cada uno de los individuos que conforman la humanidad. La crucifixión implica un acto de sustitución. Jesús recibió sobre sí mismo el castigo que reclamaba la santidad de Dios contra la raza humana, pecadora por naturaleza. El dilema divino consistía en tener que aniquilar con toda justicia a la misma raza humana que deseaba bendecir. ¿Cómo aniquilar y bendecir? El pensamiento de los apóstoles era que Jesús había decidido de manera voluntaria cargar con la culpa y el castigo de toda la humanidad, aunque esto le implicara la muerte. Una vez satisfecha su justicia, Dios podría bendecir a los humanos. Se trata del mismo principio del “chivo expiatorio” con la diferencia de que en Israel se trataba de un cordero expiatorio, y de que Jesús —El

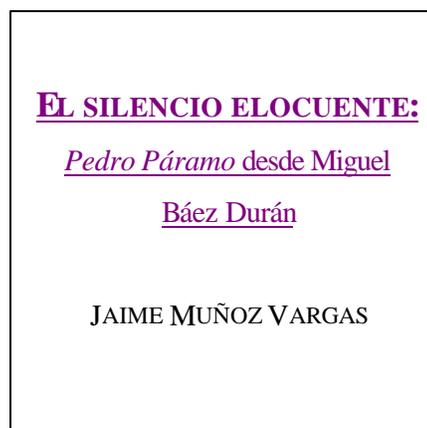
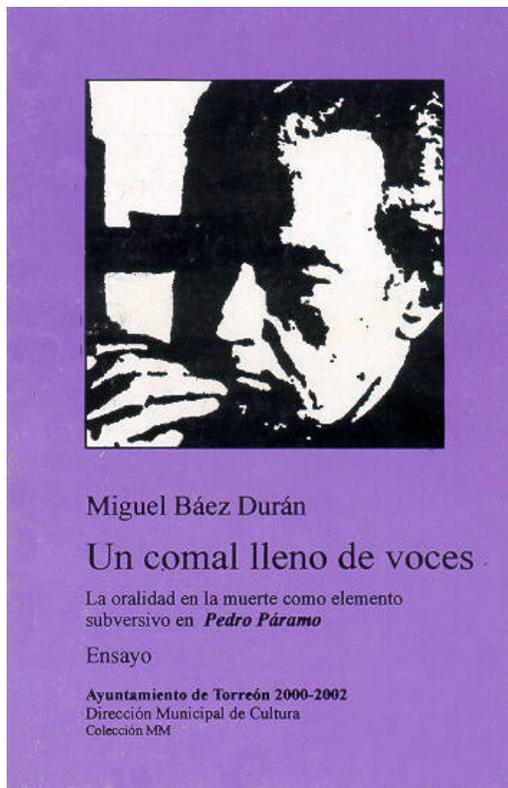
Cordero de Dios— asumió voluntariamente el sacrificio con plena libertad, advertencia y consentimiento. Este es el tema constante del capítulo 53 del profeta Isaías —tan citado por los redactores del Nuevo Testamento— precisamente porque creían que esta escritura se había cumplido plenamente en Jesús. El seguro perdón de Dios otorgado gracias al sacrificio sustitutivo consumado por Jesús (resucitado porque a final de cuentas no había muerto por sus propios pecados<sup>1</sup>) se convirtió en la más gozosa certeza de los primera comunidad cristiana.

Siendo tan optimista la lectura que el nuevo testamento hace del sacrificio de Jesús, ¿por qué los novohispanos no lograron trascender la representación dolorosa y momentánea del sacrificio cruento de Jesús? ¿por qué acabó convirtiéndose en una verdadera fijación para escultores y creyentes por igual? A mi humilde juicio, esto sucedió porque los creyentes no comprendieron plenamente el significado liberador del único sacrificio posible —el de Jesús— ni comprendieron tampoco su naturaleza sustitutiva (o vicaria). Siguió creyendo que ellos mismos debían pagar por sus propios pecados y cargar con sus sentimientos de culpa. Al hacer una lectura paradigmática sobre el significado de las imágenes de Jesús sufriente, pensaron que aguantarlo todo con resignación era señalada virtud. Siguió derramando su propia sangre, como lo hacen los peregrinos de rodillas laceradas que cargan pesados escapularios de pencas de nopal. Quizá esta creencia obedecía al deliberado interés español de mantener obediente y sumisa a la Nueva España. Quizá el origen sea más antiguo, quizá caló demasiado hondo la creencia prehispánica de que la sangre de los sacrificios humanos representaba honra para los inmolados y alimento para los dioses.

---

<sup>1</sup> Para los cristianos de la era apostólica, la resurrección de Jesús era la mayor evidencia de que Él no había muerto por sus propios pecados, sino por los de la humanidad. El *apriori* era que Dios no resucitaba a los pecadores. Por eso Pablo dice que si Jesús no resucitó, vana es nuestra fé; seguimos en nuestros pecados. Es decir, no hubo sustitución, no hubo sacrificio vicario. 1 Co. 15: 14-17

## EL MOSTRADOR



Uno de los rasgos característicos de las obras maestras es su multisemia, su multisignificación, la cantidad de puertas que nos ofrecen para acceder a sus recintos. Los grandes productos de la creatividad humana parecen inagotables, tanto que sobre ellos se pueden acumular toneladas de bibliografía, como ocurre con *Las señoritas de Avignon* o con *La consagración de la primavera*, por citar sólo dos ejemplos de la etapa vanguardista. Si pensamos en *La Divina Comedia* o en el *Quijote*, las toneladas de bibliografía se apilan hasta convertirse en verdaderos témpanos de conocimiento inabarcables por una sola inteligencia, en océanos innavegables por una sola embarcación.

Con algunos contemporáneos ya sucede otro tanto. Ensayar responsablemente a Borges o a Cortázar, basten esos dos casos, ahora nos obliga a tener en consideración, por lo menos a vistazo aéreo para ver "el estado de la cuestión", todo el caudal de tanteos emprendidos para allanar el camino hacia ese par de ilustres argentinos.

Como ellos, la delgada obra de Rulfo tiene ya, igual a los cometas, una larga cauda de acercamientos críticos. Tesis, monografías, entrevistas, semblanzas, adaptaciones fílmicas y teatrales, maquinazos periodísticos, el total de las persecuciones a Rulfo alcanza hoy para poblar un anaquel bastante ancho de cualquier librero. Lo pasmoso en este caso es, a diferencia de tantos otros, que tal continente bibliográfico ha sido suscitado por un par de volúmenes así de pequeños —*El llano en llamas* y *Pedro Páramo*—, además de unos cuantos textos sueltos y un librito epistolar. Es, pues, el de Rulfo el caso más paradójico en la vieja discordia entra la cantidad y la calidad: el jaliciense escribió poco, infinitamente poco si lo comparamos a cualquier otro escritor de su prestigio, pero con misteriosa fortuna a logrado convertirse en un clásico predilecto para una legión de usuarios.

Miembro de esa legión, rulfiano hasta hace poco inconfeso, Miguel Báez Durán (Monterrey, NL, 12 de octubre de 1975), arrostra en *Un comal lleno de voces. La oralidad en la muerte como elemento subversivo en Pedro Páramo* la endemoniada tarea de abrir nuevas rendijas a la inteligencia de la celeberrima novela. Adelanto que Báez Durán lo logra venturosamente, pues no se queda su inmersión en la capa de lo meramente descriptivo o anecdótico, sino que consigue destacar un elemento acaso demasiado visible en *Pedro Páramo* (su estilo oral-rural-marginal), y tal vez por eso insuficientemente enfatizado por la crítica especializada. Además, y esto es quizá lo más importante del peregrinaje crítico, el autor del ensayo da sentido a esa oralidad al inscribirla, apoyado por recientes estudios en torno a dicho tema, en el territorio de la subversividad que lleva implícito el discurso de la marginación no literaturizada. Dicho de otra forma mucho más amigable, la oralidad de Rulfo esconde en sus pliegues el discurso de la alteridad, el discurso del marginado que habita el mundo sin amanuenses legitimadores de su condición, el discurso del vencido.

Luego de despachar, en el primer y segundo capítulos, el perfil biográfico y los nortes generales de la oralidad, Miguel Báez se sigue con la vivisección de *Pedro Páramo*, la "novela hablante". Me asombra de veras leer pasajes tan espesos de buen juicio, y entre

ellos “Los tres niveles del silencio”, segmento de la indagación que difumina cualquier duda acerca de la pericia literaria del también autor de *Vislumbre de cineastas*. Allí, el joven ensayista regiomontano-lagunero nos ilumina el recorrido al permitimos advertir la importancia del silencio, un silencio elocuente, por cierto, en la novela de don Juan Nepomuceno Pérez Rulfo Vizcaíno. El primer silencio es de tipo estructural:

El primer silencio susceptible de notarse con sólo abrir cualquier edición de la novela es el de la ya famosa estructura, la cual representa un silencio impuesto por la nada entre los setenta fragmentos que conforman el texto [sic], desconcertante sucesión de renglones en blanco que se torna, como lo afirmó Rulfo a Fernando Benítez, en “una estructura construida de silencios, de hilos colgantes, de escenas cortadas, donde todo ocurre en un tiempo simultáneo que es un no tiempo”.

El segundo silencio, uno de los más tercos, por cierto, es el que, a juicio de Báez Durán, caracterizó la vida pública de Rulfo. Para explicar esto me da gusto que cite, del vasto muestrario de opiniones sobre el asunto, un cuento del, para mí, más sólido narrador lagunero, Saúl Rosales. “Autorretrato con Rulfo” dibuja, en efecto, la personalidad del narrador sayulense, una personalidad acorazada en el mutismo del hombre que vive para adentro, siempre introyectivamente.

El tercer silencio descrito en este apartado eje es el de los espectros que deambulan por Comala. Este silencio es, visto con el lente de aumento proporcionado por Miguel Báez, desgarrador. Es un silencio cargado de miedo, de timidez, de rencor y de orgullo, todo eso apelmazado en cada personaje:

Desde la primera página que se abre ante el lector impactan la introversión, el semimutismo y la quietud. En el artículo de Guadalupe Grande que evoqué en el capítulo anterior, la crítica destacaba la falta de comunicación de pensamientos y de deseos por parte de los personajes, esos espectros humanos que “están herméticamente solos”.

El capítulo tercero, “Caminos del cempasúchil: la muerte rulfiana como zona de contacto”, consigna una convergencia: la muerte en *Pedro Páramo* adhiere elementos católicos y prehispánicos, por lo que “tiene una naturaleza sincrética y está ubicada en la zona de contacto: así como asimila, igualmente rechaza aspectos tanto de la España católica como del periodo precolombino”. En el capítulo cuarto (“Sobre las brasas de la

tierra: el lector frente al texto de Juan Rolfo”) Miguel Báez insinúa las conclusiones de su viaje al centro de la oralidad en *Pedro Páramo* y el papel protagónico del lector, un cómplice, en la recepción de una novela tan compleja como ésta. Cito: “El contexto de la muerte es el tiempo-espacio donde se da la oralidad como elemento subversivo (...) es necesaria la muerte de los personajes para que hablen”. De lo que *afirman* esos muertos depende el éxito de la recepción, pues

...cobra suma importancia la participación activa y constante del lector para preservar la memoria colectiva de los hablantes y para que la oralidad ficcionalizada encuentre así su verdadera realización. La alta actividad del receptor del texto está implícita en la estructura de *Pedro Páramo* que, aunque ha sido definida como desarticulada, en realidad contiene cierto “orden” desordenado que favorece el ejercicio de la memoria en el lector como lo haría una narración oral en el escucha.

Pertrechada en un cuantioso aparato erudito, la tesis con la que su autor obtuvo el grado de maestro en Letras por la Universidad de Calgary, Canadá, es ahora un libro que nos ratifica lo insistentemente dicho: Miguel Báez Durán es, además de dotado narrador, un crítico de mente muy bien amueblada. Tanto que se le puede augurar, aunque suene extraño, el luminoso presente de libros como *Un comal lleno de voces*.

Miguel Báez Durán, *Un comal lleno de voces. La oralidad en la muerte como elemento subversivo en Pedro Páramo*, Colección MM, Ayuntamiento de Torreón/Dirección Municipal de Cultura, Torreón, 2002, 108 pp.

## **LIBROS DEL ARCHIVO HISTÓRICO**

### **COLECCIÓN LOBO RAMPANTE**

*pedidos, por favor a: [acequias@lag.uia.mx](mailto:acequias@lag.uia.mx)*

**1.- Una disputa vitivinícola en Parras (1679).** Paleografía de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

**2.- Censo y estadística de Parras (1825).** Paleografía, notas e introducción de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

**3.- Gerónimo Camargo, indio coahuileño. Una crónica de vida y muerte cotidianas del siglo XVIII** Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

**4.- Tríptico de Santa María de las Parras. Notas para su historia, geografía y política en tres documentos del siglo XVIII.** Introducción: Sergio Antonio Corona Páez. Paleografía: Manuel Sakanassi Ramírez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

**5.- Real espejo novohispano. Una lectura de la Monarquía española según documentos del obispado de Durango (1761-1819).** Introducción y notas: Salvador Bernabéu Albert. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

**6.- Ataque a la misión de Nadadores. Dos versiones documentales sobre un indio cuechale.** Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

**Ahora Ud. puede leer estas obras en nuestra biblioteca virtual:**

<http://www.lag.uia.mx/archivo/ArcHistorico/loborampante/loborampante.htm>